



CAPERUCITA ROJA Y ABUELITA DETECTIVES PRIVADOS

Texto: Paz Corral Yagnam | Ilustraciones: Fabiola Solano Luna | LECTORCITOS | ZIG-ZAG

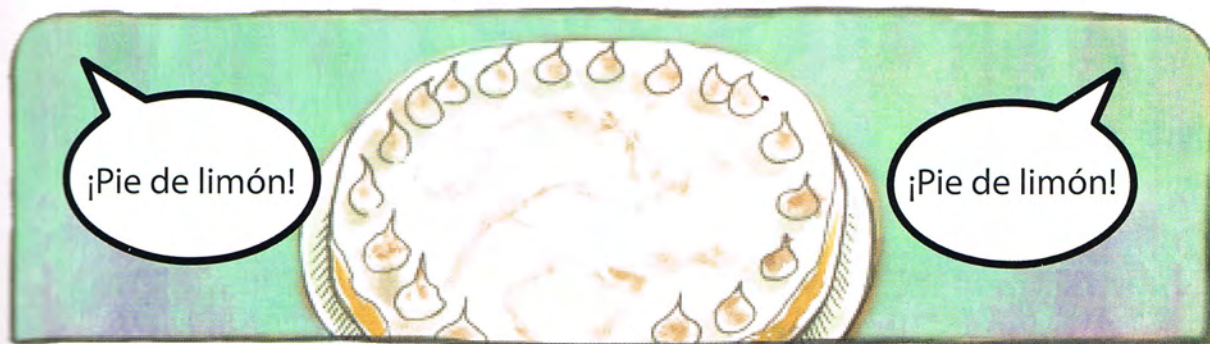


El misterio de la canción repetida

A whimsical illustration showing a large, elderly woman with a white, cloud-like wig and a large nose, knitting a red cape on two long needles. She is holding a ball of red yarn. Below her, a young girl with black hair, wearing a white dress and a red cape, is walking away. A long red thread trails from the girl's cape down to a ball of red yarn on the ground. The background is a textured green.

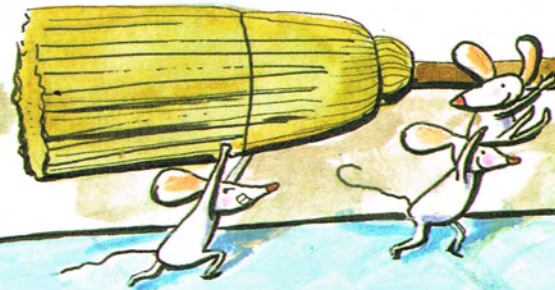
Había una vez una pequeña niña a la que todos conocían como Caperucita Roja, debido a que siempre vestía una capa de color rojo tejida por su Abuelita.

Caperucita y su Abuelita pasaban mucho tiempo juntas.
Se llevaban muy bien y tenían los mismos gustos.





Cuando había un robo en el pueblo o desaparecía, como por arte de magia, la escoba de la Cenicienta, se entretenían un montón buscando pistas para atrapar al culpable.



Y como varias veces lograron descubrir quién era el ladrón, se mandaron a hacer unas chapitas que decían:



Un día en que estaban en casa de la Abuelita investigando quién había robado TODAS las zanahorias del huerto, sintieron unos golpes en la puerta.





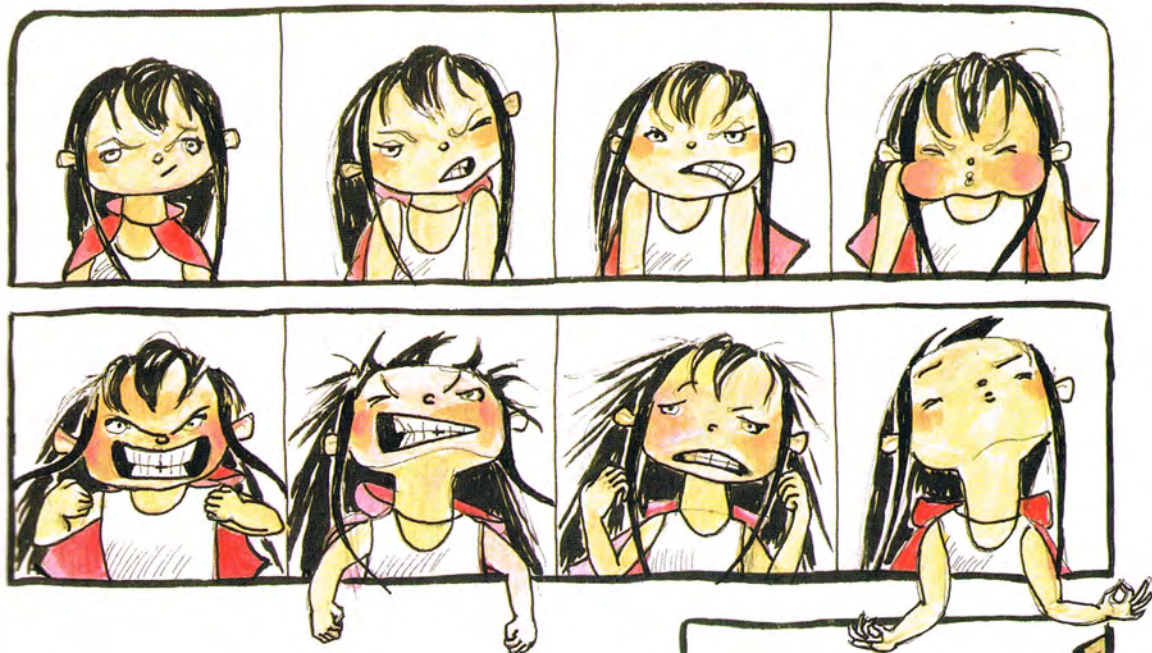
Cuál no sería su sorpresa al encontrarse con el mismísimo Lobo. Ese que había tratado de comerse a Caperucita y a la Abuelita, ahora pedía ayuda con voz lastimera.





La Abuelita corrió a la cocina a buscar un vaso de agua con azúcar, que dicen ayuda a calmar los nervios, e hizo pasar al Lobo. La abuelita intentó no mirar la cara que ponía su nietecita advirtiéndole "acuérdate de lo que pasó la última vez que entró en esta casa".

Caperucita suspiró, después respiró hondo y después de eso hizo "ommmmm", como le habían enseñado en clases de yoga.



Y solo entonces, con dulce y tierna voz, le preguntó al Lobo:



El Lobo apretó la mano de la abuelita y a punto de ponerse a llorar otra vez, dijo:

Tengo susto.



Enseguida les contó que el Leñador estaba buscándolo porque creía que era el culpable de no dejarlo dormir en las noches.

Justo en ese momento...



Alguien golpeó la puerta y al oír que volvían a llamar, la Abuelita pensó que debía instalar un timbre para que los posibles clientes se anunciaran más fácilmente.

Cuando por fin abrió, no pudo evitar lanzar un grito de sorpresa:

—¡El Leñadoooooor!

El Lobo se escondió de un salto detrás de Caperucita.

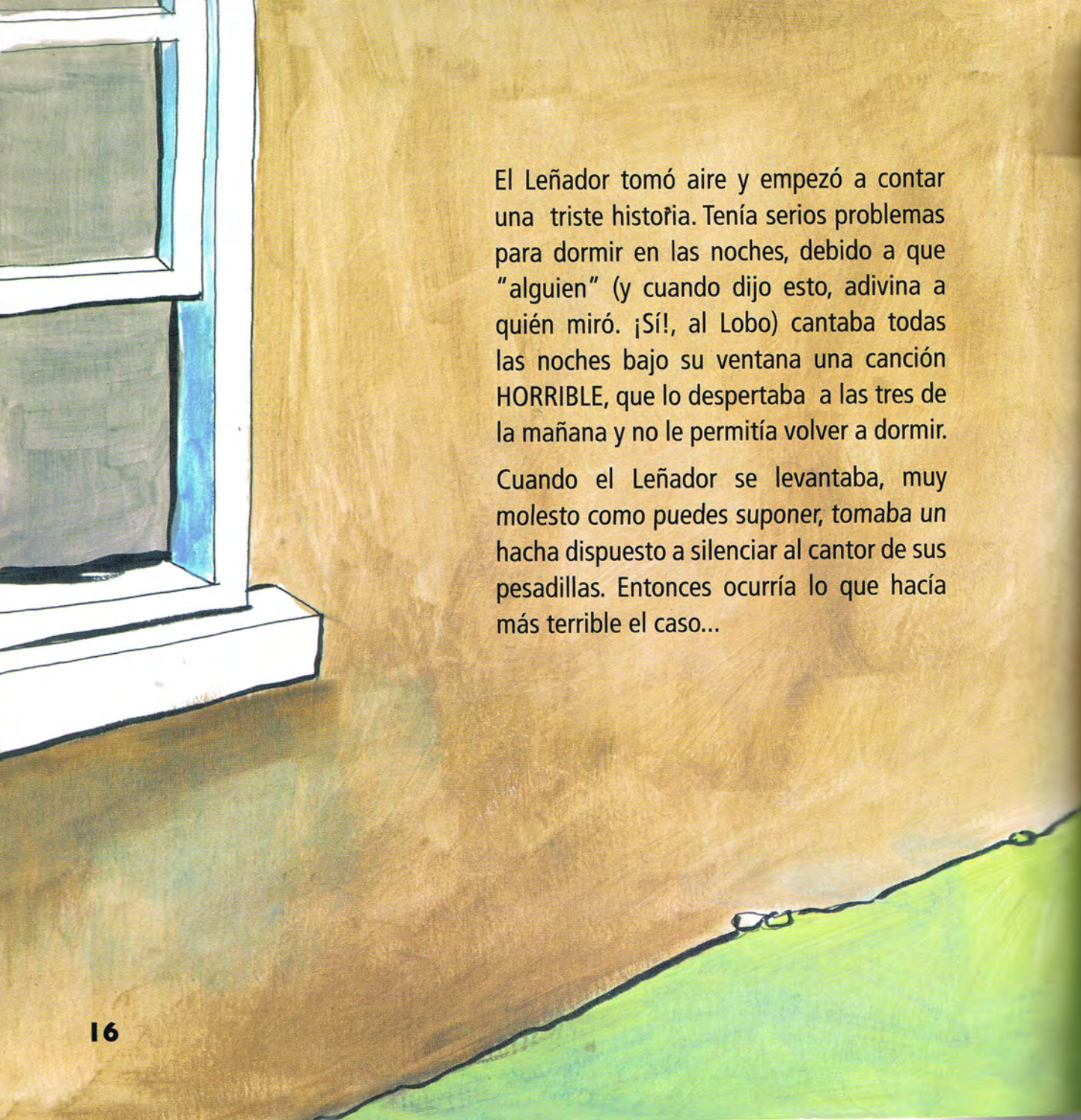




La Abuelita hizo entrar al Leñador y antes de que se le ocurriera darle la leche con chocolate que quedaba en la cocina, Caperucita exclamó:

—¡Ordenemos el cuento! A ver, ¿qué pasa?





El Leñador tomó aire y empezó a contar una triste historia. Tenía serios problemas para dormir en las noches, debido a que "alguien" (y cuando dijo esto, adivina a quién miró. ¡Sí!, al Lobo) cantaba todas las noches bajo su ventana una canción HORRIBLE, que lo despertaba a las tres de la mañana y no le permitía volver a dormir. Cuando el Leñador se levantaba, muy molesto como puedes suponer, tomaba un hacha dispuesto a silenciar al cantor de sus pesadillas. Entonces ocurría lo que hacía más terrible el caso...



...y es que bajo la ventana no había nadie, absolutamente nadie. El hacha caía y rebotaba en el suelo, provocando en el brazo del Leñador un espantoso dolor que lo tenía sin fuerzas.



—¡Es el colmo que ÉL se burle así de mí! —dijo el Leñador, mirando fijamente a Ya-sabes-quién.



Entonces la Abuelita preguntó:

—¿Y qué dice la canción?

"Ay, no soy lo que fui.

Y para lo que soy
no nació.

Quién me rescatará
con un beso, ay,
de tanto sufrir..."



—¿Se dan cuenta que es una canción horrible? —dijo el Leñador.

—¿Y canta siempre la misma canción? —preguntó Caperucita.

—Siempre la misma —respondió el Leñador.

¡Este es un caso para Caperucita y Abuelita, Detectives Privados!

¡Y su ayudante el Lobo!

¿Y a ti qué te pasa? ¿Te volviste loco, Lobo?

Caperucita puso
cara de haberse
comido un calcetín
sucio.



La Abuelita pensó rápidamente que, además de olfato, el Lobo tenía unos ojos muy grandes, para ver mejor; y unas orejas muy grandes, para oír mejor...

—¡Sí! —aceptó la Abuelita.

A Caperucita el ¡NO! se le quedó atravesado en la garganta y se tomó lo que quedaba de agua con azúcar, porque sintió que le estaban empezando a dar unos nervios...



Pero donde manda Abuelita no manda Caperucita, así que los tres fueron en busca de algunas pistas.



¡POR ACÁ!

¡Encontré agua
bajo la ventana!

El Lobo olfateó y dijo con voz muy seria:

—Es agua estancada, o sea, de un estanque.

—¡Ah! —dijo la Abuelita—. Hay un estanque en la orilla del bosque, el agua debe venir de allí.

—¿O sea que canta mojado? —preguntó el Leñador—. Quizás por eso canta tan horriblemente.

—¿Viste que no era yo? —replicó el Lobo.

El Lobo le tenía pánico al agua desde que el Leñador lo tiró al río, ya sabes por qué.




—Es raro —dijo la Abuelita—. El que canta viene de la laguna, y dice que no nació para lo que es... y que un beso lo salvará... mmmmm. Creo que estoy entendiendo lo qué pasa, pero, para estar segura, esperemos que llegue la noche.

Fueron a la casa del Leñador y se acostaron en su cama, dispuestos a cualquier sacrificio con tal de aclarar el misterio de la canción repetida.

Mientras la Abuelita roncaba y los otros tres sufrían con sus ronquidos, el Lobo se levantó precipitadamente.



En ese instante se escuchó una voz bastante afinadita, que empezó a cantar:



"Ay, no soy lo que fui.
Y para lo que soy no nací.
Quién me rescatará
con un beso, ay,
de tanto sufrir..."

El Lobo, el Leñador y Caperucita corrieron hacia la ventana, despertando a la Abuelita. Esta también se levantó de un salto y...
...afuera no había nadie, absolutamente nadie. Solo un poco de pasto mojado.

—¡Algo brilla allá, miren! —gritó Caperucita, contenta de que sus ojos fueran tan poderosos como los del Lobo.





Allí, en el suelo, había una pequeña, diminuta, corona dorada.

—¡Oh! —exclamaron todos al unísono.

—Ya tengo la solución —dijo la Abuelita, poniéndose la coronita en el dedo meñique.



¿Eres capaz de adivinar con las siguientes pistas quién es el misterioso cantor nocturno?

1. Solo canta de noche.
2. Es chiquito, porque usa una coronita, no una corona.
3. Tiene que ser de la realeza, porque nadie más anda por la vida usando coronitas o coronas.
4. No siempre fue así.
5. Solo un beso lo puede rescatar.

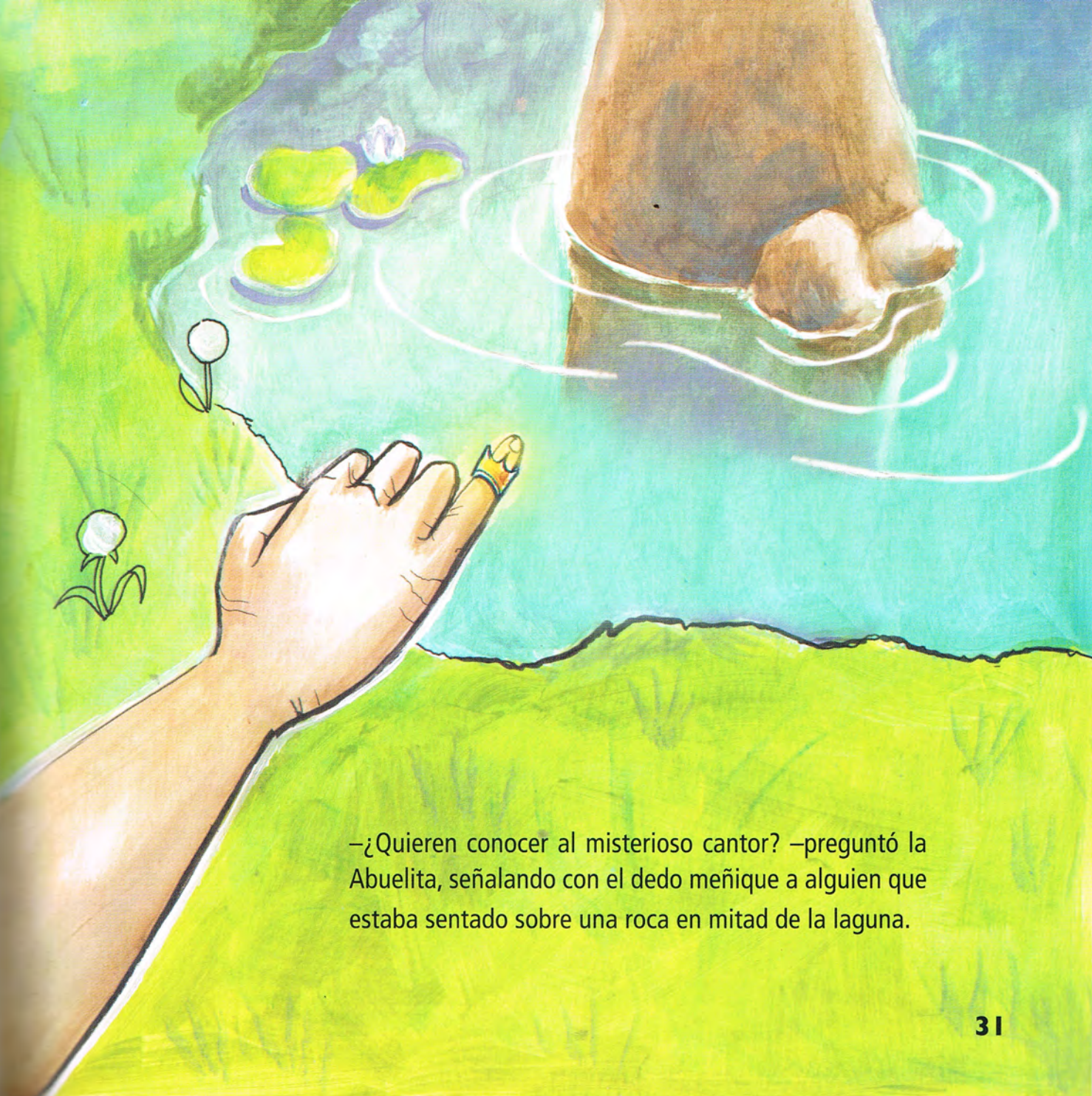
Si crees que adivinaste, da vuelta la página.

Si no tienes ni la más remota idea, también da vuelta la página.



Caperucita, el Lobo y el Leñador miraron a la Abuelita con cara de interrogación.

—Acompañenme —dijo la Abuelita y se puso en marcha hacia el estanque.



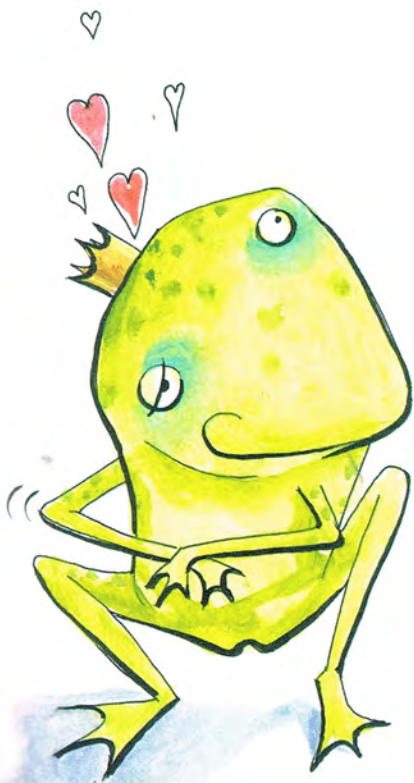
—¿Quieren conocer al misterioso cantor? —preguntó la Abuelita, señalando con el dedo meñique a alguien que estaba sentado sobre una roca en mitad de la laguna.



El sapo que estaba sentado en la roca dio un salto enorme y otro y otro más, hasta que llegó a los pies de la Abuelita.

—Sí —dijo el sapo mirando, el suelo, avergonzado—. Soy yo el que canta en las noches bajo la ventana del Leñador. Fue lo único que se me ocurrió para llegar a ELLA —suspiró, mirando a Caperucita.





—¿De llegar a quién? —preguntó Caperucita, mirando para todos lados.

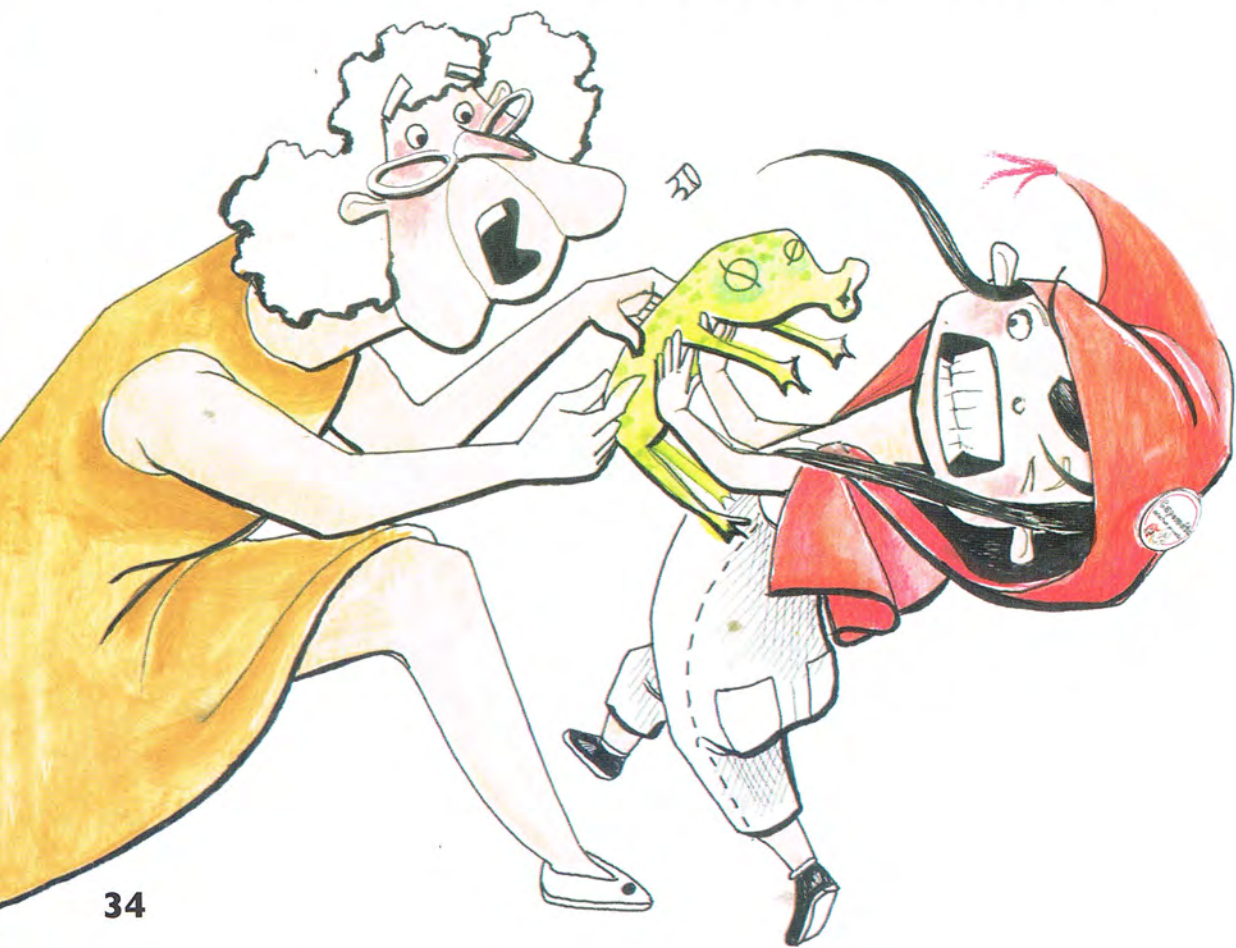
El sapo la observaba fijamente, con ojos de enamorado.


—¿A mí? —se asombró Caperucita, y le aclaró—. No, sapo, ¿qué te pasa? ¿Es que todos se volvieron locos hoy?

–Dame un beso y romperás el hechizo –dijo el sapo–. Soy un príncipe encantado por una bruja mala. Dame un beso –repitió– y me casaré contigo.

Entonces la Abuelita decidió intervenir y le explicó que Caperucita era solo una niña y que no se iba a casar todavía, ni siquiera con un príncipe convertido en sapo.

–Además –le dijo– tú necesitas el beso de una princesa y Caperucita no lo es.



A cartoon illustration of a green frog with large eyes and a thoughtful expression. The frog is positioned in the lower-left quadrant of the page. A speech bubble is attached to the frog's mouth, containing the text '¿Qué haré ahora?'. The background is a textured, abstract wash of green and blue colors.


¿Qué haré
ahora?

No sé tú, pero yo me voy a dormir.




¿Qué harás ahora?





¡Encontraremos una princesa!

¡Es un nuevo caso para Caperucita y Abuelita, Detectives Privados!



¡Y su ayudante, el Lobo!

Esta vez Caperucita sonrió. Había que reconocer que el Lobo tenía buen olfato y orejas grandes... aunque ella tenía muchísimo más grandes los ojos.

Y colorín colorado, un nuevo caso espera a ser contado.



Caperucita Roja

versión clásica libre

Había una vez una pequeña niña a quien todos llamaban “Caperucita Roja”, ya que siempre vestía una capa de color rojo que le había tejido su abuelita, a quien quería mucho.

Un día en que la abuelita estaba enferma, la madre de Caperucita Roja horneó pasteles y pan, y le pidió a su hija que los guardara en una canasta y se los llevara a la abuelita, que vivía al otro lado del bosque.

—No hables con nadie en el camino —le advirtió y Caperucita dijo que le haría caso.

Era un día soleado y el camino estaba lleno de flores de todos colores. La pequeña caminaba y cantaba feliz, pensando en lo alegre que se pondría su abuelita con todo lo que le llevaba. De pronto, de entre los árboles del bosque, apareció el lobo.

—Buenas tardes, Caperucita, ¿adónde vas con esa canastita?

—Buenas tardes, señor lobo —respondió Caperucita, que era muy educada—. Voy donde mi abuelita, que vive al otro lado del bosque y está muy enfermita.

El lobo pensó entonces que si lograba engañar a la niña, se daría un gran banquete al comerse a la abuela y a la nietecita.

—Caperucita —dijo el lobo—. ¿Por qué no tomas este camino más corto y así llegarás más rápido a casa de tu abuelita? Puedes recoger algunas flores del camino, ella se pondrá feliz de ver algo tan bello junto a su cama.

Caperucita, olvidándose de lo que le había prometido a su mamá, le dijo que sí y le dio las gracias por tan buena idea. ¡Qué amable era el señor lobo!

El lobo, en realidad, la estaba mandando por el camino más largo. Y apenas Caperucita se perdió de vista, el lobo corrió por el otro camino para llegar antes a la casa de la abuelita. Tan pronto llegó, llamó a la puerta:

—¿Quién es? —preguntó la abuelita con voz débil.

—Soy yo, abuelita —dijo el lobo fingiendo la voz—, tu nieta Caperucita.

—Pasa, pasa, nietecita. La puerta está abierta.

El lobo empujó la puerta y, dando un gran salto, se lanzó sobre la abuelita y se la comió de un solo bocado. Luego se puso una camisa y un gorro de la abuelita, y se metió en la cama.

Al poco rato llegó Caperucita, quien llamó a la puerta con unos golpecitos.

—¿Quién es? —respondió una voz temblorosa desde dentro de la casa.

A Caperucita le extrañó la voz, pero pensó que su abuelita debía estar enferma de la garganta; respondió:

—Soy yo, abuelita, tu nieta Caperucita.

—Pasa, pasa, nietecita. La puerta está abierta —dijo el lobo fingiendo ser la abuelita.

Caperucita entró y se acercó a la cama de su abuela para entregarle todo lo que le traía.

—Abuelita, ¡qué grandes ojos tienes! —exclamó la niña extrañada.

—Son para verte mejor, nietecita —respondió el lobo.

—Abuelita, ¡qué grandes orejas tienes!

—Son para oírte mejor, Caperucita —replicó el lobo.

—Abuelita, ¡qué grandes manos tienes! —continuó la pequeña.

—Son para abrazarte mejor —explicó el lobo.

—Abuelita, ¡qué grandes dientes tienes!

—¡Son para comerte mejor! —exclamó el lobo y dando un salto se abalanzó sobre Caperucita.

Caperucita salió corriendo y dando gritos de terror.

Un leñador que venía de cortar leña, escuchó los gritos y se acercó a la casa. Por la ventana pudo ver al lobo persiguiendo a Caperucita. De inmediato entró a la casa y lo golpeó con un hacha, tan fuerte que este cayó desmayado. Entonces le abrieron el estómago al animal, sacaron a la abuelita, quien estaba asustada pero completamente sana, y llenaron la barriga del lobo con piedras. Luego lo dejaron en la orilla del río y volvieron a la casa de la abuelita para disfrutar de los pasteles y el pan.

Cuando el lobo despertó, sintió un horrible dolor de cabeza y un espantoso malestar en el estómago, por lo que se prometió no volver a comer ni niñas ni abuelitas.

De vuelta en su casa, Caperucita le contó a su mamá todo lo sucedido y le prometió que nunca más la desobedecería y por supuesto, que nunca, nunca más, hablaría con extraños.





Paz Corral Yagnam

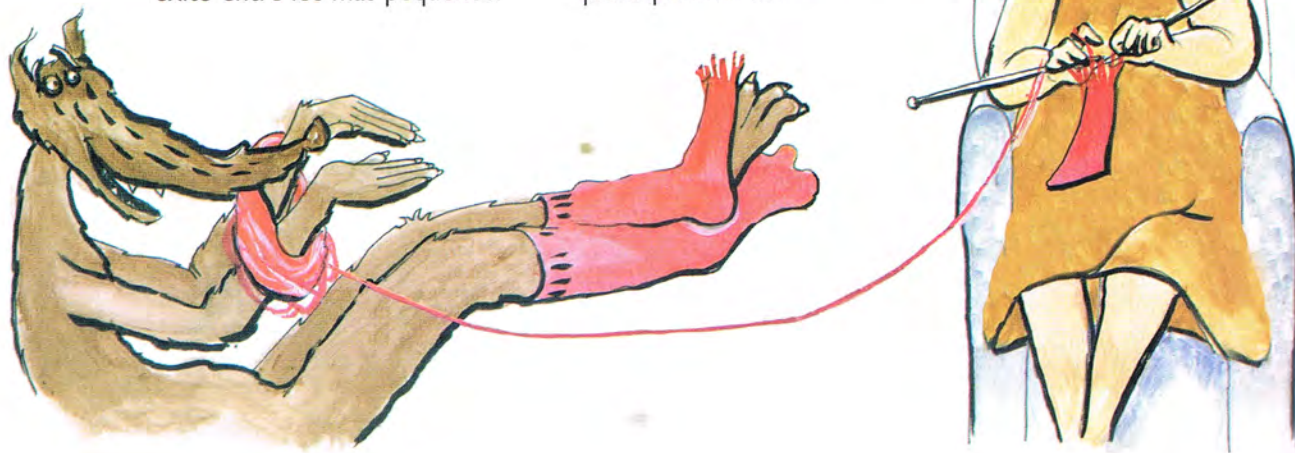
Ovallina, madre y narradora oral, creció oyendo los cuentos que le contaba su abuelo Tomás. Desde entonces desarrolló una pasión enorme por leerlos, oírlos y contarlos, lo que hace que siempre tenga en la boca un “Había una vez...” listo para compartir con quien quiera escucharla.

Su primer libro *El vampiro niño que soñaba con bailar* ha sido un éxito entre los más pequeños.



Fabiola Solano

Nació en Santiago de Chile el año 1972. Estudió Diseño Industrial en la UTEM, pero su encantamiento con la fantasía y el dibujo la llevó a hacer un Postítulo de Arte, Mención Ilustración, en la UFT y a asistir a diversos talleres dictados por destacados ilustradores. Fabiola ilustra con distintas técnicas tradicionales y constantemente busca nuevos materiales con los que experimentar.



Lectorcitos

Otros títulos publicados:

